

XI

CASI-ASTRONOMÍA

Mayo de 1900.

(DESPUÉS DEL ECLIPSE)

Por más que digan los franceses que *le nom ne fait pas la chose*, yo no puedo olvidar que Flammarión se llama Camilo.

Hay nombres que parece que obligan... y, vamos, que á pesar del citado proverbio francés, no acierto á prescindir de los nombres.

Cuando Polavieja se fué á Filipinas y dió en hacer milagros, que narra fervorosamente su evangelista San- (1) Mataix, me costaba mucho trabajo creer en ellos, recordando que el milagreante se llamaba como Flammarión.

Ahora que Flammarión ha puesto en *El Imparcial* cátedra de eclipses, no he podido menos de desconfiar de sus enseñanzas, recordando que se llama igual que Polavieja.

(1) tiago.

Todo esto, á la verdad, antes de que los dos Camilos se hubieran reunido en Elche.

Porque después... la relación entre ambos sabios resulta tan estrecha que, sin darse uno cuenta de ello, considera á Polavieja como al Flammarión de la política cegaratososa, y á Flammarión como al Polavieja de la astronomía fantástica.

Dejando esto aparte, y como quiera que el astrónomo de *El Imparcial* se ha dignado autorizarnos á los profanos para hacer observaciones sobre el eclipse, me parece que no habrá inconveniente en que yo consigne las mías.

Lo primero que he podido observar leyendo el artículo que del sabio francés publicó *El Imparcial* el 18 del corriente Mayo, es que Flammarión nos ha tomado á los españoles por cualquier cosa.

Para convencerse de ello, no hay más que leer el primer párrafo:

«El 28 de este mes un magnífico eclipse total de Sol atravesará España del Noroeste al *Sudoeste*; durará próximamente 2 horas y 18 minutos desde su principio hasta su fin, y será total en su medio durante un poco más de un minuto. La sombra de la Luna entra sobre la Península ibérica por Oporto y sale por Alicante.»

Bueno. Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular. Fuera de lo de llamar *magnífico* al

eclipse y de la ligera inexactitud de afirmar que la dirección será de Noroeste á *Sudoeste*, en vez de Sudeste.

Lo mismo lo había dicho ya el calendario del Zaragozano.

Pero fijense ustedes en lo que sigue:

«La totalidad se producirá: á las 3 y 47 minutos, en Ovar; á las 3 y 49, en Vizeu; á las 3 y 50, en Hoyos; á las 3 y 51, en Plasencia; á las 3 y 52, en Navalmoral; á las 3 y 53, en Navahermosa; á las 3 y 54, en Orgaz; á las 3 y 55, en Argamasilla; á las 3 y 56, en Albacete; á las 3 y 57, en Hellín; á las 3 y 58, en Elche.»

No, señor, y usted perdone, Sr. Flammarión; pero eso no puede ser. Eso es hablar así... iba á decir, al poco más ó menos; pero ni siquiera lo puedo decir, porque aun resultaría usted muy favorecido: eso es hablar á bulto.

Decía usted que la totalidad se produciría en Ovar á las 3 y 47 minutos, y en Vizeu á las 3 y 49; es decir, que de Ovar á Vizeu había de tardar la sombra dos minutos, y luego añadía que en Hoyos se produciría á las 3 y 50; es decir, que de Vizeu á Hoyos no tardaría más que un minuto... Y con decirle á usted que de Ovar á Vizeu hay unos 74 kilómetros, y que de Vizeu á Hoyos hay unos 125, comprenderá usted, si quiere, la ligereza con que ha escrito esas instrucciones. ¿Cómo quiere usted hacer creer á nadie que la sombra de la Luna tarde dos minutos en recorrer 74 kilómetros, y lue-

go, inmediatamente, recorra en un minuto 125...? Usted creería que para los lectores de *El Imparcial* de cualquier manera iba bueno, porque no se habían de fijar... Pero siempre hay alguno que se fija.

Y no es este solo el error que hay en el párrafo, sino que todo él está lleno de errores parecidos.

De Vizeu á Hoyos, que hay 125 kilómetros, decía usted que tardaría en llegar la totalidad un minuto, y de Hoyos á Plasencia, que hay menos de la mitad de distancia (59 kilómetros), pone usted otro minuto, y de Navahermosa á Orgaz pone usted también otro minuto, cuando la distancia entre los dos pueblos, es decir, entre perpendiculares al eje de la zona, levantadas en los dos pueblos, es sólo de 44 kilómetros; y luego pone lo mismo, otro minuto, entre Argamasilla y Albacete, cuyas perpendiculares al eje de la zona distan entre sí 104 kilómetros, y otro minuto entre Albacete y Hellín, cuya distancia entre perpendiculares es menos de la mitad, 45 kilómetros próximamente.

Me parece que esto no es serio... Y ahí tiene usted mis primeras observaciones.

Tampoco está bien que hayan aparecido equivocados en el artículo algunos nombres de pueblos de la línea central, tan equivocados, que es difícil acertar con lo que quieren decir *Nobinillo* y *Peñes*, por ejemplo. Yo creo que

Nobinillo será Molinillo, en la provincia de Toledo, y que *Peñes* será Peñas de San Pedro, en la de Albacete. Verdad es que de esto quizá no tenga la culpa el astrónomo, sino el periódico; pero de todos modos, la culpa es grave, por que en ciertas materias no se pueden cometer erratas.

Dejando el artículo de Mr. Flammarion, también he observado que *El Liberal* no trató á sus lectores con mucho más respeto que *El Imparcial* á los suyos, pues les dió una viñeta en que se quería representar la parte del Sol que aparecería descubierta en Madrid en el momento *máximum* del eclipse, y se la dió al revés precisamente, pues aparecía la parte no eclipsada á la izquierda del espectador, cuando tenía que estar á la derecha, ó sea al Norte, estando Madrid al Norte de la zona en que era total el eclipse.

Y esto de tratar de enterar á los lectores de una cosa y enterarles al revés, no tiene maliciosa la gracia.

Después... también he observado muchísimos disparates en las relaciones que del eclipse han publicado otros periódicos...

Uno hablaba de la luz que había quedado *paralizada*, sin duda por no saber que hay un fenómeno llamado *polarización*.

Otro dijo que se había observado un descenso de *cincuenta milímetros* (¡atíza!) en la columna barométrica..., que la totalidad duró

32 segundos (sin minuto); que comenzó á las 3 y 35 (en lugar de las 3 y 53), y otras cosas análogas, para que se confirme aquello de que para enterarse de algo no hay peor cosa que leer las informaciones de los rotativos.

Por último, también observé un articulazo de tres columnas que publicó el Sr. Echeagaray en *El Liberal*; pero éste no le observé más que por fuera.

¡Cualquier día me metía yo en las interioridades de aquella enorme lata! Conozco el género y la clase.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XII

NI UNO NI OTRO

1902

Él las llama *leyendas españolas*; pero ni son leyendas, ni españolas precisamente. Son simplezas de cualquier parte, pues la simpleza y la insulsez no tienen patria determinada: son cosmopolitas...

Advierto á ustedes que *él* es un catedrático.

Sí; un catedrático de uno de los Institutos de Madrid; un sabio, ó poco menos, á quien la voz pública señala como espíritu-santo patudo, inspirador del ex-ministro de Instrucción pública en su desdichada tarea de estropear la enseñanza.

De donde resulta que, inspirar, inspira muy mal; pero escribir, tampoco escribe bien, y váyase lo uno por lo otro.

Afectado, arcaico y revesado en la forma, parece como si tratara de suplir con la rareza de la expresión la pobreza de numen, como las niñas feas que se ponen muy enguirindo-

ladas, creyendo disimular á fuerza de adornos la falta de belleza.

Y, es claro; casi siempre sucede lo del cuento: que... *aquello* está peor con azúcar.

Y, en cuanto al fondo..., verán ustedes una de sus *leyendas españolas* para muestra.

En sustancia... Y eso que sustancia... Digamos en resumen:

Cuando se preparaba la *Invencible* (1588), vivía en Madrid en la calle del Príncipe un comerciante genovés muy rico, llamado Grilo.

—¡Cielos!— dirán ustedes;—pues así dije yo al llegar ahí: ¡Algún ascendiente del Grilo de nuestros días!... ¡Ya entonces comenzaba á tener el apellido mala influencia literaria!...

Como íbamos diciendo, cuando se organizaba la *Invencible* vivía en la calle del Príncipe un comerciante genovés muy rico, llamado Grilo, ó Grillo, que tenía una hija muy guapa, D.^a Prudencia, la cual, por ser guapa y rica, tenía muchos pretendientes, y á ninguno hacía caso, por lo que «la llamaban también la *invencible*».

Primer chiste... Hagan ustedes el favor de reirse un poco.

Se lo advierto á ustedes por si acaso no han caído en la cuenta; porque hay chistes que casi no se conoce que lo son, y á lo mejor los lectores pasan por encima tan serios, sin sonreír siquiera.

«La llamaban también la *invencible*...» Pero

no lo era D.^a Prudencia, según se irá viendo. Verdad es que tampoco lo fué la Armada, desgraciadamente.

Al fin, dice el autor de las *leyendas españolas* que D.^a Prudencia hizo caso á un caballero, el cual, con ayuda de la dueña, por supuesto, logró entrar una noche en el aposento de D.^a Prudencia, ó de D.^a *Prudencia*, que así se debía llamar, logró según dice el autor catedrático, entrar una noche á despedirse, pues iba á embarcar en la *Invencible*.

Debo advertir á ustedes que aquí entra lo más interesante del cuento, por lo cual copiaré textualmente:

—¿Y cómo sabré de vos?—dice el catedrático reformador que le dijo la novia al galán, y luego añade:

«El galán miró en redor suyo, y por primera vez pensó que el triunfo no era tan seguro como parecía, que quizá la muerte y la derrota estaban cercanas...»

A cualquiera se le ocurre, desde luego, que para pensar eso, que es una tontería, porque el triunfo, racionalmente juzgando, era seguro, y la derrota fué ocasionada por caso imprevisto, por una tempestad...; á cualquiera se le ocurre, digo, que para pensar eso que pensó el galán no necesitaba haber mirado en redor suyo...

No, realmente la mirada en redor no era necesaria para pensar aquellas cosas; lo era sólo

para que el autor pudiera echárselas de erudito, describiéndonos el aposento.

Y allá va la descripción en seguida.

«El momento era solemnísimos, grande el silencio, imponderable la emoción que el pálido rostro de D.^a Prudencia revelaba...»

Estos son los preámbulos, encaminados á despertar la atención del lector, para que se asuste un poco y diga: ¿qué va á pasar aquí...?

Bueno, pues lo que pasa es lo siguiente:

«El salón *enorme*, alumbrado por un candelabro *chico*...»

¡Qué contraste!... Parecía natural que, siendo enorme el salón, fuera enorme también el candelabro; pero no, señor... es al revés precisamente; y su misterio tendrá la cosa.

«El salón *enorme*, alumbrado por un candelabro *chico* puesto sobre un *vargueño*...»

¡Ya pareció!... Lo digo porque en todo escrito de este catedrático, sea sobre la materia que quiera, ha de haber un *vargueño*: nunca falta. Se conoce que el hombre aprendió en viernes esa tontería..., porque una tontería es llamar *vargueño* á una papelera, ó á un escritorio, ó á una cómoda, y se conoce, digo, que aprendió esa tontería en viernes: no se le olvida.

A más de que acaso creará que es una habilidad muy grande el saber que los llaman así, y quiere lucir esa habilidad. Por eso no escribe una vez que no hable del *vargueño*.

Y del *repostero*... Ya vendrá el *repostero* también seguramente. No á servirnos de mendigar, porque no es el *repostero* de la *repostería*, sino un paño extendido en una pared, que tampoco se debe llamar así, para no introducir confusiones innecesarias.

Pudo llamarse así algún día; pudo llamarse *repostero* el paño colocado detrás de un crucifijo ó de otra imagen, cuando no tenía con quién confundirse, cuando no había otra cosa ni persona designada con el mismo nombre, porque al *repostero* de ahora, al dueño ó jefe de la *repostería*, se le llamaba *pastelero*, como al famoso de Madrigal, verbigracia.

Pero ahora que el antiguo *pastelero* ha dejado este nombre, que considera ya injurioso, porque llamándole por él se le podría confundir con los manipuladores de la política, y ha adoptado el de *repostero*, no se debe llamar *repostero* al paño.

Ni nadie se lo llama, por supuesto, más que el Diccionario de la Academia y algún pedante catedrático de retórica.

Sigamos: «El salón enorme alumbrado por un candelabro chico puesto sobre un *vargueño*, estaba poblado de sombras largas y temerosas (¡huy, qué miedo!) que entenebrecían los grandes tapices colgados por las paredes, y el *repostero*...»

Ya sabía yo que no podía faltar... Poco hace he leído en un almanaque otro cuento del

mismo autor y también había allí *repostero...* de tela.

«...y el *repostero* de damasco rojo, donde *exhalaba el último suspiro* (fijense ustedes) un Cristo italiano de dolorosísima expresión, labios entreabiertos y *sangriento costado...*»

¡Mentira! Un cristo vivo, como era ese, pues que *exhalaba* todavía *el último suspiro*, no podía tener el *costado sangriento*, ó sea abierto por la lanzada... A no ser que el escultor que le hizo fuera tan ignorante como el catedrático que escribe la leyenda, lo cual no es verosímil.

Adelante:

«El caballero palideció (¡valiente gallinal!) tanto como su amada, y en voz queda y misteriosa no acertó á decir más que esto: — Si Dios es servido que yo muera en la batalla, estos tapices os lo dirán, y con ellos las gavetas de ese *vargueño* (¡dale con el *vargueño!*) y aun las cortinas de vuestra alcoba».

Esta contestación les parecerá á ustedes una tontería, y no tiene nada de extraño que se lo parezca, porque lo es; lo raro sería que les pareciera razonable.

¿Por qué se lo habían de decir los tapices ni las otras cosas?... ¡Y... luego muy anticlerical, ó anticatólico, y quiere hacer á sus lectores creer en milagros!...

La narración del catedrático arcaico continúa así:

«Una noche del mes de Septiembre (¿por qué decir *Septiembre* y no *septenta?*), hallándose D.^a Prudencia sola creyó sentir extraño ruido, como roce de telas y paños. Alzó la vista y vió moverse los tapices y danzar por ellos las sombras, agitándose. De súbito las gavetas del *vargueño* (y van tres) *chasquetearon* (¿qué será esto? ¿dar chasco?) sus estofados herrajes... Aterrada intentó la joven refugiarse en su alcoba (¿para qué, si no había nadie en ella? ¿qué refugio iba á encontrar allí? lo natural era llamar, dar gritos) y al acercarse al lecho, las cortinas de éste se descorrieron *por sí solas...*»

¡Ah, vamos! Para eso fué á la alcoba; para verlas descorrerse por sí solas.

Y ¿está usted seguro de que no tirara alguien de algún hilo preparado al efecto?

¡Qué cosas inventa este hombre tan chuscas!

Y después dice que D.^a Prudencia, ó más bien Prudencia, «cayó al suelo *con el corazón destrozado* para siempre».

¿Cómo entendió ella que aquellos movimientos ó *chasqueteos* eran la noticia de que había muerto su amante?... Si él la hubiera dicho: los tapices se moverán y las sombras danzarán en ellos, las gavetas del *vargueño chasquetearán*, las cortinas se descorrerán, vaya que vaya. Pero no habiéndola anunciado nada de eso, ¿por qué había de creer ella que el moverse de los tapices y danzar en ellos las som-

bras, cosa que pudo hacer un soplo de aire, era decirla: *tu novio ha muerto?*...

Por ser tonta; ó por ser demasiado obediente al autor de la leyenda, que así lo dispone.

Después dice:

«La desgracia suya (de D.^a *Prudencia*) había sido la desgracia de toda España.»

Y aquí viene el chiste final... Creo necesario advertírselo á ustedes, para que puedan celebrarle; porque, no estando prevenidos de que es un chiste, podría parecerles una gansada.

Ello es así:

«A poco D.^a *Prudencia* se metió monja. España también.»

¿Qué tal?... ¿qué les parece á ustedes la gracia del catedrático?

¡Es lo más ingenioso!...

¿.....?

¡Ah! ¿Le querían ustedes conocer?...

¡Dios le haya perdonado!

XIII

FIESTAS MADRILEÑAS

(1902)

I

«Madrid, castillo famoso,
que ya ni al moro da miedo,
arde en fiestas...»

Bueno, como arder, no arde todavía, pero es posible que arda de un momento á otro.

Porque todas las calles y plazas están llenas de palitroques de pino y de trapos de algodón, que, como es bien sabido, son excelentes encendajes.

De manera que en cuanto un fumador algo distraído tire la cerilla en mala dirección, puede sobrevenir la desgracia...

Y eso que... no sé hasta qué punto lo sería un incendio general en estos momentos solemnes.

Desde luego, si no ardieran las casas, si no se quemaran más que los armatostes postizos

que los periódicos y las personas optimistas han convenido en llamar *adornos*, más que desgracia sería una verdadera fortuna.

Sí, sería un incendio inteligente, artístico y *beueíndgusto*, pues destruiría un sinnúmero de cursilerías y fealdades.

Porque... ¡cuidado que las hay en abundancia por estas calles de Dios y de Aguilera!

No; y no hay que echar á Aguilera toda la culpa, ni la mitad, por más que sea el rey de las calles, como quien dice. Los vecinos más ó menos tenderos, que se han agremiado provisionalmente para adornar algunas, lo han hecho bastante peor que el Ayuntamiento.

Los de la calle del Carmen, verbigracia, empezaron con mucha anticipación á levantar en la boca que da á la Puerta del Sol un tinglado de madera y lienzo de á real, que decían que iba á ser el Arco de Tito.

Pero luego no resultó de *Tito*, sino de *Garbanzo*, á juzgar por lo gordo. Como que la luz y los macizos vendrán á estar en él en relación de 1 á 17, poco más ó menos.

Con todo, el arco de *Tito*, ó de quien fuere, ha tenido una gracia: la de impedir á los vecinos del primer tercio de la calle ver desde sus balcones pasar por la Puerta del Sol la comitiva regia. De modo que el dichoso arco, tras de costarles el dinero, les quitó las vistas.

¡Justo castigo á su perversidad!, como dijo el otro...

A la perversidad del arco.

Pero como dicen que á todo hay quien gane, en la Calle Mayor, allá hacia el medio, se levantó luego otro arco mucho más *pesado* todavía, no obstante ser de pino y percal, mucho más pesado que el de *Tito*.

¡Con decir á ustedes que dentro de cada una de las pilastras se puede arreglar habitación desahogada para una familia!...

—Este es como el que hicimos allá el otro año, cuando cantó misa el hijo del alcalde—decía uno de Vitigudino á sus compañeros de expedición barata.

—No, hombre— le contestaba otro:— aquel no era tan grandote, pero era más bonito, si se quiere...

—¡Anda! ¡Yo lo creo! decía el tercero— ¿cómo iba á ser el nuestro tan grande? Allá no teníamos tanta tela... ni juntando toda la que hubiera en los tres comercios de la villa.

—Y aunque la hubiéramos tenido —replícala el segundo:— ¿á qué es esta barbaridad de lienzo? Con esto teníamos allá para hacer camisas á todo el vecindario...

Pero lo mejor ha sido lo de la Carrera de San Jerónimo.

Esta calle, desde los primeros momentos preparatorios del público entusiasmo, quedó «partida por gala en dos», como el rubí de los versos de Zorrilla.

Porque sus vecinos se dividieron en dos

bandos. Los moradores del trozo comprendido entre las cuatro calles y la Puerta del Sol formaron un gremio; y los del trozo comprendido entre las Cuatro Calles y el Congreso, otro gremio distinto.

Consumada la división, era natural que cada gremio, ó cada bando tratase de *adornar* á su manera su cacho de calle respectivo.

Y era natural también que surgiese la competencia, como surgió al instante.

En efecto: los dos bandos parece que se pusieron á porfía á ver quién lo hacía peor... y esta es la hora en que todavía no se sabe quién gana.

A lo menos yo no me atrevo á fallar el pleito.

Los del primer trozo, parece que han tenido pacto con el diantre.

Porque figúrense ustedes si, dada la mala fama que en cuestión de temperatura tiene este Madrid, bien confirmada precisamente por la experiencia en este mes de Mayo, que parece más bien un mes de Enero ligeramente disfrazado, figúrense ustedes, digo, si no se necesitará pacto con el demonio, ó arte mágica, para hacer brotar en una sola noche del suelo asfaltado de la calle una vegetación tropical pomposa y lozana, todo *un bosque de cocoteros* como aquel en que nació, una mañana del mes de Abril, la *neguita* del tango.

Bueno, después ya se vió que los cocoteros,

y los plátanos y las palmeras no eran sino palos de pino envueltos en estrapajos teñidos de verde, y que sus anchas hojas también eran de percalina pintada.

Pero la verdad es que, aunque de lejos parecían bastante mal, en acercándose un poco parecían peor todavía.

Lo que vale es que luego enlazaron los árboles tropicales entre sí con unas ristras de hojas y flores, de trapo también, no tropicales, sino que más antes deben de ser polares, y no precisamente del *ardiente polo*, que dijo no sé si el marqués de Molins ú otro académico, sino del polo *helado*, según están de tristes y ateridas.

Así y todo, excuso decir á ustedes que los de Torrebeleña, Azuqueca, Tamajón, Alpedrete, etc., como los de Grisén, Utebo, Sádaba, Belchite, etc., lo mismo que los de Getafe, Parla, Mocejón, Alameda, Villaseca y demás pueblos de la Sagra están encantados con semejantes decoraciones y andan llenos de satisfacción y tranquilidad bajo el aparente follaje de esta manigua inofensiva...

Pues los del otro bando..., lo que ellos han discurredo, mala cuenta tiene...

Pero con fruto, porque ¡han inventado unas cosas!...

En primer lugar, pusieron todo á lo largo de su trozo de calle dos hileras de palancos de pino..., lo mismo que los otros...

Sólo que no los entrapajaron de verde; los pintaron de blanco.

Después... los enlazaron también con ristras de hojas y yerbatos y flores, pero no de tela, como al otro lado, sino naturales.

Lo cual tuvo el inconveniente de que, como lo hicieron con bastantes días de antelación, al llegar el caso de pasar por debajo los chinos, marroquíes y demás diplomacia, se había quedado ya todo aquel follaje mustio y desvaído.

Volviendo á los palos blanqueados, en el primero pusieron como adorno un león trepando por él, una silueta de león recortada en tabla y pintada de amarillo.

Pero la gente ha dado en decir que aquello no es un león, que es un perro faldero con cresta de gallo.

En el segundo palo pusieron un oso de pie, también recortado en tabla y pintado. Y arriado á un árbol, que es de suponer que quisieran que fuese un madroño.

Con la particularidad de que el oso era tan alto como el árbol.

Y con otra particularidad: con la de que el animal estaba tan triste, que parecía llerar á lágrima viva, sin duda porque le habían pintado de aquella manera...

Después, en el otro palo, otro león, y en el otro de más allá otro oso, y así sucesivamente.

Mas como todo el mundo se reía del oso y

de los vecinos de la Carrera que *le habían hecho*, para librarse estos señores de las burlas y chistes mortificantes que llovían sobre ellos y sobre su obra, retiraron á otro día al amanecer todos los ejemplares del popular plantigrado, sustituyéndolos, no sin monotonía, con otros tantos leoncillos perrunos.

Y, en consecuencia, he tenido yo que retirar también una quintilla que había hecho á medias con D. Nicolás Moratín, á la cual pertenecen los dos versos y medio que puse por tema.

La quintilla entera decía:

Madrid, castillo famoso,
Que ya ni al moro da miedo,
Por ser un natal dichoso,
Arde en fiestas y hace... el oso
Y arcos de quiero-y-no-puedo.

II

«En medio de tanta ridiculez y de tan desconsoladora inundación de mal gusto, una cosa buena han tenido las fiestas.

La musa ha dormido.

Sí, la *musa*, aun llamando impropriamente así al furor de versificar, no nos ha molestado nada, no ha producido ni un *mal* soneto.

Que claro es que malo tenía que ser si algún

vate *político* de esos de ocasión ó de Academia hubiera sentido la tentación de perpetrarle.

Demos gracias á Dios, que si en su justicia adorable ha querido afligirnos con una verdadera plaga de ripios pictóricos y escultóricos, y botánicos y pirotécnicos, también por su infinita misericordia nos ha librado hasta el presente de ripios literarios.»

Esto iba yo á decir á la conclusión del primer artículo dedicado á las fiestas... No lo dije por no hacerle demasiado largo. Pero si lo llevo á decir... ¡me luzco!

Porque precisamente á la media hora de haber mandado aquellas cuartillas á la imprenta, ya leí la noticia amenazadora de la aparición de un poema en tres cantos y no sé si en trescientas octavas reales. Y al día siguiente la noticia de que la amenaza se había cumplido.

Esta última decía así:

«RECUERDOS Y ESPERANZAS

»Este es el título del poema *conmemorativo* de la jura... etc., etc... que ha publicado el *notable poeta* don... (aquí un nombre y un apellido.)

»El poema está dedicado al conde de Casa Valencia... (¡Bien hecho!... En pena de sus pecados literarios... que aunque personales no los tenga, porque no ha escrito nada, los tiene colectivos muy graves, por ser académico de la lengua.)

»Está dividido (el poema) en tres cantos... (¿rodados?) El primero lleva la fecha en que murió S. M. el Rey Don Alfonso XII, y en él reseña los hechos más gloriosos de su reinado.

»El segundo tiene la fecha del nacimiento... de S. M. el Rey Alfonso XIII, y enaltece el vate la prudencia y sabiduría con que ha dirigido la gobernación del Estado la reina regente...»

Pero ¿por qué llamarán poemas á estas cosas?... Antes se las llamaba memoriales.

»Y en el tercero, dedicado á la coronación y mayoría de edad del joven monarca, desea el *poeta* un feliz reinado á Don Alfonso XIII...» Y yo le deseo al *poeta* un buen destino.

Por lo *demás*, como decía D. Antonio Cánovas, de todo lo que el *vate* ofrece en el título de su obra *Recuerdos y esperanzas*, yo me quedé con un poquito nada más de la segunda parte, con una *esperanza*... una sola, pero consoladora y dulcísima: la de no leer el poema.

Porque... todavía no acabé de copiar el anuncio que en la reseña de las fiestas ha publicado *El Imparcial*... Faltan los tres renglones últimos, que empiezan con estas palabras:

«Los versos son *bellísimos*...» Así, nada menos.

Y cuando llama *bellísimos* á los versos el *reporter*, excuso decirles á ustedes...

¡No, no lo penará mi alma!...

Y... bueno; con un poema así, conmemorativo, que se imprime en folleto y no sale de

las librerías, puede uno hacer eso, no leerle.

Pero ¿cómo se libran ustedes de leer otros versos, una *cantata* de Grilo, verbigracia, que se les introduce á ustedes en casa por debajo de la puerta, á traición, y se les pone delante de los ojos por sorpresa entre la reseña de los festejos, en una columna de *La Correspondencia de España?*...

Contra esto no hay defensa posible.

Pues aun cuando en rigor puedan ustedes, en el instante de ver los rengloncitos cortos, tirar el periódico al cesto ó echarle en la lumbré, moralmente esto es imposible, porque ven ustedes que son versos de Grilo, y dicen ustedes: ¡Hombre! ¡Cuánto ripio tendrán! Vamos á ver, y... eso me ha pasado á mí precisamente.

Que me he tenido que echar al coletó la *cantata*.

La Correspondencia casi levanta un falso testimonio á la orquesta del Conservatorio, que dice que la *interpretó*; pero esto se referiría si acaso á la música que Bretón puso á la letra de Grilo; porque lo que es la letra no tiene interpretación posible.

Dice así:

- Sobre las olas del mar *desierto*
(que no lo suele estar)
- Dios lleva siempre la nave al puerto,
(*Siempre...* es mucho afirmar)
- Dando á los mares su bendición;
(*Siga la procesión*)

- Hoy Dios nos mira con más cariño
(¿Ya te lo dijo á tí?)
- Y de la mano lleva al *Rey niño*
(¡Hombre; ¿le lleva así?)
- En su bendita coronación.
(Y acabó la función.)

Es decir, se acabó esta estrofa nada más, pero luego viene otra peor en su tanto, que dice:

«La fe que nos *mantiene...*»

Eso no está bien, señor de Grilo.

Si hubiera usted dicho nos *sostiene...* sería mentira ¿eh? Pero no se prestaría al ridículo.

Digo que sería mentira porque, desgraciadamente, la fe anda hoy en España muy escasa.

Por lo pronto, en el Gobierno no la tiene nadie; y con sobrado motivo, porque si uno lo hace mal, otro lo hace peor.

Y aun en Dios, que la debemos tener todos, va habiendo muchos que no la tienen...

«La fe que nos *mantiene...*»

(Le van á decir á uste'k
que le *mantiene* el biste'k)

«La fe que nos *mantiene*
A España *salvará*».

¡Sí, por cierto! ¡Buenas trazas lleva la pobre España de salvarse!

¡Con gobernantes como los actuales y poetas aduladores como Grilo... ó viceversa, no hay salvación para un pueblo.

Pero dejemos á Grilo que siga.

«La fe que nos mantiene
A España salvará...»

Y ahora verán ustedes por qué cree Grilo ó por qué dice, aunque no lo crea, que la fe salvará á España:

«La fe que nos mantiene
A España salvará;
Que aun cuando el niño viene,
La madre no se va...»

¡Qué monada!... digo, ¡qué majadería!
¡Y se habrá quedado el *poeta* tan satisfecho de haber dicho una gracia de primer orden!

«Que aun cuando el niño viene,
La madre no se va...»

No, el que se va es usted, del seguro, si es que ha estado en él alguna vez... Que más parece haber estado siempre en la plumilla, dispuesto á dispararse en ripios á todo momento.

«Que aun cuando el niño viene...»

¡Ya, ya! ¡Bueno le pone usted! Porque eso es como dar á entender que es un mal ó un peligro que el niño venga, mal ó peligro de que nos libra ó nos consuela el que no se vaya la madre...

«Que aun cuando el niño viene...»

No me canso de repetirlo... Muy bonito, muy mono...

«Que aun cuando el niño viene,
La madre no se va.»

Bueno, que no se vaya; pero usted váyase cuante antes y no nos haga más cantatas de esas.

III

Las fiestas se acaban.

Sí, tocan á su fin. Antes de que señalase su terminación el programa oficial, han ido concluyendo por cansancio.

Cada día desaparecen las colgadas de alguna de las casas particulares que las lucieron.

Cada noche se apaga la iluminación de una calle. Anoche ya estuvo á oscuras la del Príncipe, que era la mejor iluminada.

Cada número del programa va resultando más soso. Cada acto oficial de las fiestas va estando menos concurrido...

Acuden á todos, eso sí, la mujer del tabernero de Zamarramala, y las niñas del confitero de El Toboso, y la suegra del veterinario de Grijota, que se han impuesto la obligación de no perder ni un solo detalle de los festejos porque para eso pagaron el billete del ferrocarril; pero la generalidad de la gente, ó se ha vuelto, ó se dispone á volverse á sus casas cansada y aburrída...

Sin excluir á los príncipes y extranjeros que también han desfilado ya hacia sus respectivos países.

Eran demasiados días para tan pocas cosas, y no ha podido sostenerse la curiosidad pública.

Dos ó tres docenas de *golfos*, de aquellos *golfos* que el año pasado apedreaban los conventos, han sido los que, aleccionados y pagados ahora por el mismo que los aleccionaba y pagaba entonces, han roto á aplaudir cuando pasaban determinadas carrozas, quedándose parados y silenciosos cuando pasaban otras, verbigracia, la en que iba el hijo del conde de Caserta... Todo para que el *Heraldo* y *El Liberal* pudieran con toda comodidad á la noche, el primero, y á la mañana siguiente, el segundo, sacar la consecuencia de que el pueblo madrileño es anticlerical y antirreaccionario hasta los tuétanos.

El pueblo madrileño y el pueblo español; porque como en la concurrencia había mezclados tres ó cuatro vecinos de Algodor, cinco ó seis de Torreldones, dos de Jadraque, uno de Sequeros, etc., etc., es indudable que el que aplaudía y callaba, según las cosas, era el pueblo español unánime y compacto.

Los anticlericales discurren, ó hacen que discurren así.

Hay que consignar que el número más agradable de las fiestas ha sido el banquete á los alcaldes rurales.

El más agradable á los alcaldes, se entiende. Los hay entre ellos á quienes desde que vi-

nieron y aun desde que salieron de su lugar se les está haciendo la boca agua.

También les han dado una función de teatro, pero ésta no les ha seducido tanto, ni con mucho.

El alcalde de Estercolera, el tío Manolón, que es muy bruto, está alojado en casa de su sobrino don Nicolás, senador del reino, de *el mi sobrino Colás*, como él dice.

—Esta noche—le decía el sobrino ayer tarde—irá usted al teatro: les hacen á ustedes *El Alcalde de Zalamea*...

—Mira, *hum*, á mí *dejáime* de zalamerías—contestaba el alcalde—que yo con zalamerías no como, *hum*...

—Comer, ya comerá usted bien mañana en el banquete con que les obsequia á ustedes la villa de Madrid... Comerán ustedes paella...

—¿*Pa ella?*... Comeremos *pa nusotros*, *hum*... Si es *pa ella* ¿qué adelantamos?

—No es eso, sino que *paella* se llama un guisado con arroz y menudos de gallina y pimientos... Yo tampoco sabía lo que era hasta hace poco, pero está bueno. *Tamién* les van á dar á ustedes *pavo trufado*.

—*Pavo estufado* ya lo he comido algunos años por Antruido; pero allá decíamos *estofado*... No sabemos lo que decimos las más de las veces, *hum*.

—Y langostinos...

—Eso no sé lo que es... la *Angostina* llama-

mos á una moza de allá que es muy delgada y se llama Agustina; pero *langostinos*...

El vino dice *El Imparcial* que será de Rioja.

—*Pos á mí me gusta más de Toro... ú de Cureses.*

—Aquí trae *El Imparcial* todo lo que van á poner... Cincuenta kilogramos de salchichón.

—¿Y cuántos alcaldes *semos, hum?*

—Mil quinientos, según dice.

—*Pos con eso no tenemos pa un diente, hum...* Y eso que cincuenta kilómetros de salchichón *toavía* dan de sí... son casi nueve leguas...»

En fin; el caso es que hoy, sábado, á pesar de ser *témpora*, y, por consiguiente, día de ayuno, han tenido los alcaldes rurales su comilona en los jardines del Buen Retiro con carne y pescado, quebrantando escandalosa y oficialmente el cuarto mandamiento de la Iglesia.

*
**

Antes hablé de una *cantata* de Grilo muy fervorosa (y muy ripiosa, por supuesto) en loor del nuevo monarca, y comenté las dos estrofas primeras.

Que, como verían mis lectores, tenían gracia.

Pero la gracia principal de los versos de Grilo no se la di á conocer á ustedes, porque tampoco la conocía yo entonces.

La gracia principal está en que Grilo, el

mismo Grilo que escribió el otro día con tanto fervor y con tanto ripio aquellas estrofas de la *cantata*, con aquello de que «Dios lleva de la mano al rey niño» y aquello otro de que

«Aun cuando el niño viene,
La madre no se va»

el mismo Grilo había escrito años antes otras estrofas no menos ripiosas que las de este año, pero mucho más fevorosas todavía, en loor de Don Carlos, llamándole Monarca Español, así, con letra grande, y diciendo que tremolaba la enseña gloriosa que hizo esclavos dos mundos..., con todo lo demás que es de rúbrica en estos casos.

¿Y qué hizo anoche *El Correo Español*? fué y publicó los dos himnos, el de ahora y el de antes, apareados, á dos columnas.

¡Pobre Grilo! El creía el año 72 que iba á venir Don Carlos, y le echaba piropos, y le decía: ¡*Rey, avanza!*

Pero no avanzó no vino, y... ¿qué culpa tuvo el pobre Grilo de que no viniera?...

Vino otro, y cantó al otro. No era cosa de tener ociosa la lira.

Lo peor para las letras es que los dos himnos son malos y llenos de ripios.

Mas, por lo que hace á la inconsecuencia política de Grilo... ¡Bah!

¡Serán tan contados los españoles á quienes no se les puede poner á dos columnas!